

9-8-2020

El arte de aprender a hablar solo

Mirta Yáñez

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Yáñez, Mirta. . El arte de aprender a hablar solo. *Revista Surco Sur*, Vol. 10: Iss. 13, 80.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.10.13.25>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol10/iss13/27>

This PRIMICIA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

Mirta Yáñez

El arte de aprender a hablar solo

(fragmento de la novela inédita *Demonios sueltos*)

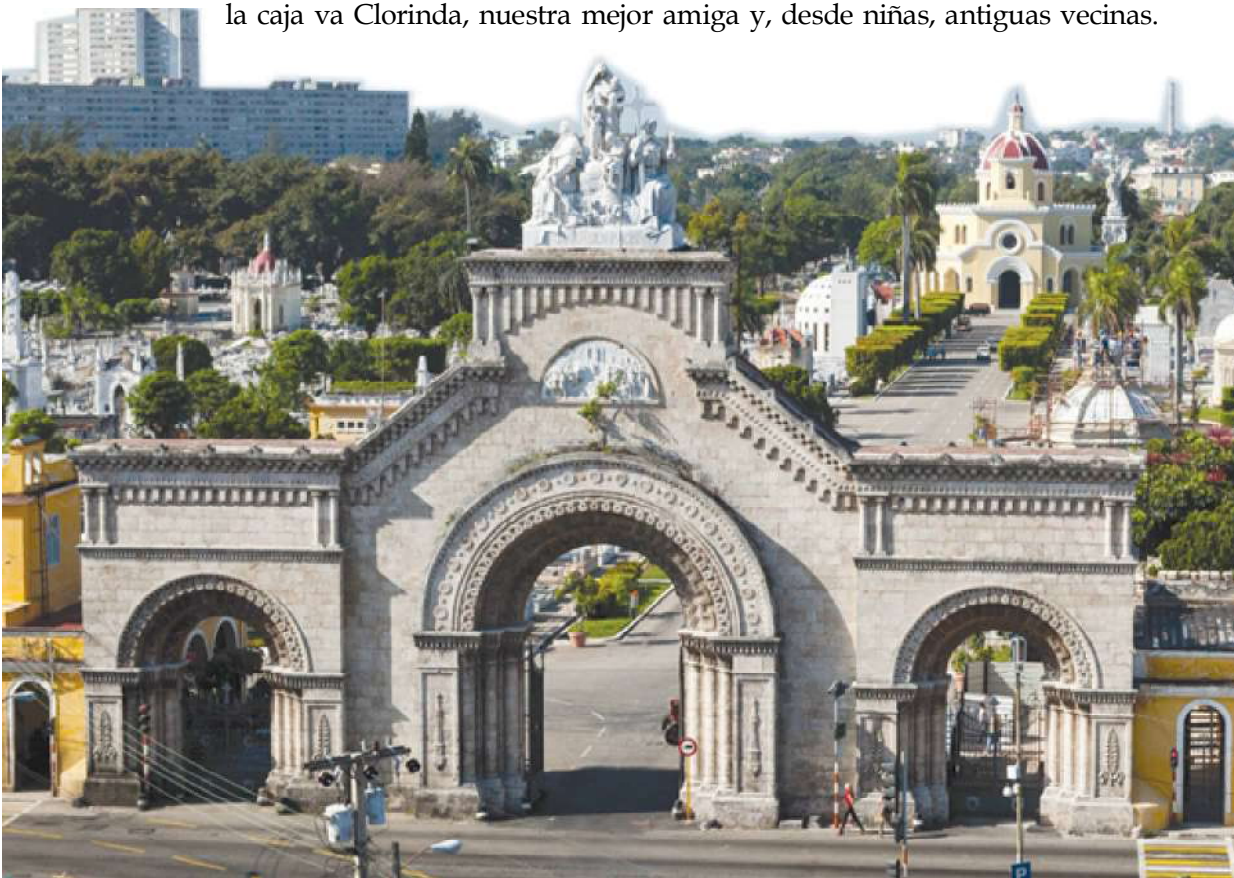
Vulnerant omnes, ultima necat, la última mata, la última hora, la última saeta de la vida, dicho así con ese latinazgo, hasta suena bonito, pero primero estuvieron cayendo todos los flechazos que tanto nos hirieron. Ya estoy que hablo sola. Mejor que nadie me oiga.

Aquella es Laurencia, una sesentona maltratada por la vida, medio cegata, camina solitaria con pies de plomo y con dificultad detrás de un séquito compuesto solamente por el carro fúnebre, sin coronas de flores ni otro acompañante, que avanza, bajo un sol que escalda los pedruscos, por un callejón del Cementerio de La Habana. Antes de adentrarse en las intrincadas y arboladas callejuelas, el precario cortejo transitó un tramo al costado de la avenida de Zapata, así que al comienzo del recorrido se escuchaba la vocinglería habitual de esta ciudad: risas, gritos, música, motores, claxon. El cortejo ha girado hacia el interior del camposanto y, poco a poco, el ruido fue sustituido por el silencio.

Aunque en mi cabeza todavía resuena un coro de niñas. La señorita Laurencia entrando en el baile, que lo baile, que lo baile, y si no lo baila le doy castigo malo, que la saque, que la saque, salga usted que la quiero ver bailar, saltar brincar por los aires, y lo bien que lo baila la mona, déjala sola, sola solita..."

El carro fúnebre se ha detenido ante la tapa de cemento de una fosa abierta. Las once del día y el calor apretaba hasta la sofocación. Y yo lo veo todo -o imagino- sin moverme de mi rincón. Ya Laurencia lo anotará en su cuaderno de apuntes, como Proust. Aunque no esté de acuerdo con el panteón familiar, pues ella hubiera preferido nuestra mata de mangos, aunque no pudo ser.

Laurencia sacó un abanico de la cartera y mientras se abaniqueaba con una mano, con la otra se secaba el rostro con un pañuelito. Estaba acalorada, aunque resignada. Dentro de la caja va Clorinda, nuestra mejor amiga y, desde niñas, antiguas vecinas.



Portón de entrada a la necrópolis de Colón